

CHARLES DICKENS

Los
papeles
póstumos del
**CLUB
PICKWICK**



Los papeles póstumos del Club Pickwick, también conocida como *Los papeles del Club Pickwick*, (*The Posthumous Papers of the Pickwick Club*) fue la primera novela publicada por el escritor británico Charles Dickens. Está considerado como una de las obras maestras de la literatura inglesa.

Inicialmente fue publicada por entregas entre abril de 1836 y noviembre de 1837, y cada una de sus entregas se convertía en un acontecimiento literario. En un principio, la obra debía ser una narración inspirada en los grabados que había realizado Robert Seymour acerca de un «club Nimrod» de cazadores cómicamente inexpertos, pero el texto no tardó en imponerse a su ilustración.

En torno al protagonista se agrupa un club de extravagantes personajes, cuyas peripecias, narradas con gran sentido del humor, pueden interpretarse como una sátira de la filantropía. La figura más notable de la novela, después de la de Pickwick, es la de su criado Sam Weller.

El protagonista de la novela, el señor Samuel Pickwick, es un anciano caballero, fundador del *Club Pickwick*. La novela se centra en las aventuras del señor Pickwick junto a sus amigos los señores Nathaniel Winkle, Augustus Snodgrass, y Tracy Tupman, durante un divertido viaje.

I

Los pickwickianos

El primer rayo de luz que hiere la penumbra y convierte en claridad ofuscante las tinieblas que parecían envolver los primeros tiempos de la vida pública del inmortal Pickwick surge de la lectura de la siguiente introducción a las Actas del Club Pickwick, que el editor de estos papeles se complace altamente en mostrar a sus lectores como una prueba de la cuidadosa atención, infatigable perseverancia y pulcra exégesis con que ha llevado a cabo su investigación entre la profusión de documentos que le han sido confiados:

«12 de mayo de 1827.—Presidencia de José Smiggers, Esq., V.P.P, M.C.P.^[1] Se toman por unanimidad los siguientes acuerdos:

- Que esta Asociación ha oído leer con sentimientos de complacencia inequívoca y de la más entusiasta aprobación la Memoria presentada por Samuel Pickwick, P.G., M.C.P.^[2], titulada *Especulaciones acerca del origen de los pantanos de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los murciélagos*, y que esta Asociación expresa por ella a dicho Samuel Pickwick, Esq., P.G., M.C.P, su más ferviente gratitud.
- Que al mismo tiempo que esta Asociación se declara hondamente convencida de las ventajas que para el

progreso de la ciencia representa tanto el trabajo mencionado como las incansables investigaciones de Samuel Pickwick, no puede menos de abrigar el vivo presentimiento de los inestimables beneficios que si el referido docto señor ensanchara el campo de sus estudios, dilatase la zona de sus viajes y extendiera el horizonte de sus observaciones se seguirían para el desarrollo de la cultura y la difusión de la enseñanza.

- Que, con la mira arriba expresada, esta Asociación ha tomado seriamente en consideración la propuesta formulada por el antedicho Samuel Pickwick, PG., M.C.P, y otros tres pickwickianos, cuyos nombres luego se reseñan, para constituir una nueva rama de la Unión Pickwickiana, bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.
- Que esta propuesta ha sido sancionada y aprobada por la Asociación.
- Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick ha quedado, por tanto, constituida, y que Samuel Pickwick, Esq., P.G., M.C.P; Tracy Tupman, Esq., M.C.P; Augusto Snodgrass, Esq., M.C.P., y Nathaniel Winkle, Esq., M.C.P., han sido nombrados y reconocidos como miembros de la misma, y que han sido requeridos para que de tiempo en tiempo comuniquen al Club Pickwick, establecido en Londres, memorias auténticas de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones acerca de tipos y costumbres y del conjunto de sus aventuras, así como todas las narraciones y notas a que diese lugar el espectáculo de la vida local individual y colectiva.
- Que esta Asociación sienta de muy buen grado el principio de que cada miembro de la Sociedad Co-

rrespondiente sufrague sus propios viajes, y que no ve inconveniente alguno en que los miembros de la indicada Sociedad prolonguen sus estudios todo el tiempo que les plazca, dentro de dichas condiciones.

- Que los miembros de la Sociedad Correspondiente deben darse por enterados de que su propuesta de costear por sí mismos todos los gastos de correo y transporte de paquetes ha sido objeto de deliberación por parte de la Asociación; que esta Asociación considera semejante propuesta digna de los preclaros entendimientos de que dimana y que hace constar su perfecta conformidad».

Un observador —cualquiera añade el secretario, a cuyas anotaciones debemos la referencia que sigue—, un observador casual, no hubiera advertido nada de extraordinario en la desnuda cabeza y circulares antiparras que se volvieron intencionadamente hacia su rostro (el del secretario) mientras leía los acuerdos transcritos; mas, para aquéllos que supieran que la gigantesca mentalidad de Pickwick palpataba detrás de los cristales, era el espectáculo bien interesante. Allí se sentaba el hombre que había recorrido hasta su origen los pantanos de Hampstead y conmovido al mundo científico con su *Teoría de los murciélagos*, hombre tan inmóvil y encalmado como las aguas de uno de aquéllos en un día de helada, o como un solitario individuo de los de esta familia en el retiro interno de un cántaro de barro. Pero ¡cuánto más interesante se ofrecía el espectáculo cuando, al unánime grito de «¡Pickwick!», proferido por sus secuaces, animándose y lleno de vida, subió aquel grande hombre al sillón de Windsor, en que anteriormente se hallara sentado, y dirigió la palabra al Club que él mismo había fundado. ¡Qué escena tan sugestiva y digna de estudio para un artista!: el elocuente Pickwick, con una mano gracio-

samente escondida tras el faldón de su levita y agitando la otra en el aire para acentuar su brillante perorata; su erguido cuerpo ponía de manifiesto sus tirantes y polainas, prendas que si vestidas por un hombre vulgar hubieran pasado inadvertidas, usadas por Pickwick —si se admite la expresión— inspiraban veneración y respeto espontáneos; rodeado este hombre por aquéllos que voluntariamente habían compartido con él los riesgos de sus viajes, y que estaban destinados a participar de las glorias de sus descubrimientos: a su derecha sentábase Mr. Tracy Tupman, el quisquilloso Tupman, que a la sabiduría y experiencia de la edad madura añadía el entusiasmo y el ardor de un mozo en la más interesante y dispensable de las humanas flaquezas: el amor. Los años y el mucho comer habían desarrollado aquella figura, un tiempo romántica. El negro chaleco de seda se había ensanchado más y más; pulgada a pulgada, la cadena del reloj había desaparecido del horizonte visible de Tupman, y gradualmente la abundante papada iba colgando cada vez más de los bordes de la corbata; mas el espíritu de Tupman no cambió jamás: la admiración por el bello sexo era su pasión dominante. A la izquierda del gran caudillo se sentaba el poeta Snodgrass, y no lejos, el deportivo Winkle: el primero, poéticamente envuelto en una chaqueta azul con cuello de piel de perro, y luciendo el último una verde y nueva pelliza de caza, corbatín escocés y ceñido pantalón.

La alocución de Mr. Pickwick en esta ocasión, así como el debate que siguió, figuran en las Actas del Club. Ambos acusan una estrecha afinidad con las discusiones mantenidas en otras ilustres corporaciones, y, como no está de más señalar las coincidencias que se observan en las normas seguidas por los grandes hombres, vamos a trasladar a estas páginas la reseña.

Mr. Pickwick observó —dice el secretario— que la fama es un anhelo del corazón humano. La fama poética constituía un afán para el corazón de su amigo Snodgrass; la fa-

ma de las conquistas era igualmente ambicionada por su querido amigo Tupman y el deseo de ganar la celebridad por los deportes en tierra, aire y agua anidaba hondamente en el pecho de su amigo Winkle. Él mismo —Mr. Pickwick— no negaba sentirse influido por las humanas pasiones, por las afecciones humanas (*Rumores.*), tal vez por las humanas flaquezas (Voces: No, no.); pero él aseguraba que si alguna vez el ardor de la vanidad brotaba en su pecho, el deseo del bien del humano linaje se sobreponía y ahogaba aquélla. Si la alabanza de los hombres era su trapecio de equilibrio, la filantropía era su clave de seguridad. (Vehementes aclamaciones.) Él había experimentado cierto orgullo —paladinamente lo reconocía, y entregaba esta confesión al ludibrio de sus enemigos—, él había sentido alguna vanidad al lanzar al mundo su Teoría de los murciélagos, podría o no merecer la celebridad. (Una voz: «Sí que la merece». Fuertes rumores.) Aceptaba la afirmación del honorable pickwickiano cuya voz acababa de oír: merecía la celebridad; mas si la fama de aquel tratado hubiera de extenderse hasta los últimos confines del mundo conocido, el orgullo despertado por la paternidad de tal producción nunca podría compararse con el halago que sentía al mirar a su alrededor en este momento, el más glorioso de su vida. (Aplausos.) Él era un hombre humilde. (No, no.) Por ahora sólo podía afirmar que se le había elegido para una misión honrosísima y no exenta de riesgos. Los viajes se realizaban en malas condiciones y las cabezas de los mayores parecían bastante inseguras. Que mirasen si no hacia fuera y contemplasen las escenas que se producían a su alrededor: los coches de postas volcaban por todas partes; los caballos cojeaban; los barcos daban la vuelta y las calderas reventaban. (Aprobación. Una voz: «¡No! ¡No!». Rumores.) A ver, ese honorable pickwickiano que ha gritado «No» con tanta energía, que avance y lo niegue, si puede. (¡Bravo!) ¿Quién ha sido ése que ha gritado: «No»? (Aclamaciones entusiastas.) Se trataba acaso de algún fatuo o de algún desengañado, no llega-

ría a decir de algún baratero (Bravos ensordecedores.), que, celoso de los elogios, tal vez inmerecidos, que se habían dedicado a sus (las de Mr. Pickwick) investigaciones y aplastado por las críticas amontonadas sobre sus propios y débiles intentos de rivalidad, tomaba ahora este modo vil y calumnioso de...

Mr. Blotton (de Aldgate) se levantó. ¿Aludía a él el honorable pickwickiano? (Voces de «Orden», «Señor presidente», «Sí», «No», «Continuad», «Fuera», etc.)

Mr. Pickwick no estimaba procedente dejarse dominar por el clamoreo. Él había aludido al honorable caballero.

Mr. Blotton, en tal caso, sólo decía que rechazaba la injuriosa y falsa acusación del honorable caballero con profundo desprecio. (*Grandes rumores.*) El honorable caballero era un embaucador. (*Terrible confusión y fuertes voces de «Señor presidente» y «Orden».*)

Mr. Snodgrass se levanta. Se coloca de pie en la silla. (Expectación.) Él desea saber si este lamentable incidente entre dos miembros del Club debe tolerarse que continúe. (Siseos.)

El presidente estaba seguro de que el honorable pickwickiano habría de retirar la frase que acababa de pronunciar.

Mr. Blotton, dentro del mayor respeto hacia la Presidencia, estaba seguro de no retirarla.

El Presidente consideraba deber suyo preguntar al honorable caballero si aquella frase que se le había escapado había sido empleada en su acepción corriente.

Mr. Blotton no vaciló en decir que no; que él había empleado aquella palabra en su sentido pickwickiano. (Siseos.) Él no tenía más remedio que declarar que personalmente abrigaba el mayor respeto y la más alta estima por el honorable caballero. Él le había considerado como un embaucador desde un punto de vista puramente pickwickiano. (Siseos.)

Mr. Pickwick se sentía sumamente agradecido por la noble, sencilla y franca explicación de su honorable amigo. Y

solicitaba al punto que sus propias observaciones fuesen interpretadas según la construcción pickwickiana. (*Rumores.*)

Aquí termina la relación, e indudablemente también el debate, después de llegar a un acuerdo tan claro y satisfactorio. No tenemos referencia oficial de los hechos cuya narración hallará el lector en el siguiente capítulo; pero han sido cuidadosamente tomados de cartas y de otras fuentes auténticas tan evidentemente genuinas, que justifican la narración circunstanciada.

II

Primeros días de viaje, primeras aventuras
nocturnas y sus consecuencias

Ese puntual cumplidor de todo trabajo, el sol, acababa de levantarse y de alumbrar la mañana del 30 de mayo de 1827 cuando Samuel Pickwick, surgiendo de sus sueños cual otro sol, abrió la ventana de su cuarto y contemplaba al mundo que debajo de él se extendía. Goswell Street hallábase a sus pies; Goswell Street tendíase a su derecha, y hasta donde la vista alcanzar podía veíase a la izquierda Goswell Street, y la acera opuesta de Goswell Street mirábase enfrente. «Tales —pensaba Mr. Pickwick— son las limitadas ideas de aquellos filósofos que satisfechos con el examen de las cosas que tienen ante sí no descubren las verdades que más allá se esconden. Así, podía yo contentarme con mirar simplemente Goswell Street sin preocuparme en penetrar las ocultas regiones que a la calle circundan.» Y después de producir Mr. Pickwick esta hermosa reflexión, embutióse en su traje, y sus trajes en el portamantas. Los grandes hombres rara vez se distinguen por la escrupulosidad de su indumento; así, pues, la operación de rasurarse, vestirse y sorber el café pronto estuvo concluida, y una hora después, Mr. Pickwick, con su portamantas en la mano, su antejo en el bolsillo de su amplio gabán y el libro de notas en el del chaleco, dispuesto a recibir cualquier

descubrimiento digno de registrarse, llegaba a la cochera de San Martín el Grande.

—¡Cochero! —exclamó Pickwick.

—Aquí está, sir —articuló un extraño ejemplar de la raza humana, con cazadora de tela de saco y mandil de lo mismo, que con una etiqueta y un número de latón en el cuello parecía catalogado en alguna colección de rarezas. Era el mozo de limpieza—. Aquí está, sir. ¡Vamos, el primero!

Y hallado el cochero número 1 en la taberna donde había fumado su primera pipa, Mr. Pickwick y su portamantas fueron introducidos en el vehículo.

—¡A Golden Cross! —ordenó Mr. Pickwick.

—¡Nada, ni para un trago, Tomás! —exclamó malhumorado el cochero, dirigiéndose a su amigo el mozo, al arrancar el coche.

—¿Qué tiempo tiene ese caballo, amigo? —preguntó Mr. Pickwick, frotándose la nariz con el chelín que había sacado para pagar el recorrido.

—Cuarenta y dos —replicó el cochero mirándole de través.

—¡Cómo! —exclamó Mr. Pickwick llevando su mano al cuaderno de apuntes.

El cochero reiteró su afirmación primera. Mr. Pickwick miró fijamente a la cara del cochero; pero en vista de que los rasgos de ésta permanecieron inmutables, se decidió a consignar el hecho.

—¿Y cuánto tiempo le tiene usted trabajando cada vez? —inquirió Mr. Pickwick, para ampliar la información.

—Dos o tres semanas —contestó el cochero.

—¡Semanas! —dijo asombrado Mr. Pickwick... y de nuevo salió el cuaderno de apuntes.

—Su casa está en Pentonwill, pero rara vez le llevamos allí, por lo flojo que está —observó el cochero con frialdad.

—¡Por lo flojo que está! —repitió vacilante Mr. Pickwick.

—En cuanto se desengancha se cae —prosiguió el cochero—; pero cuando está enganchado le tenemos bien

tieso y le llevamos tan corto, que no es fácil que se caiga; y hemos puesto un par de ruedas tan anchas y hermosas, que en cuanto él se mueve echan tras él y no tiene más remedio que correr... no puede por menos.

Mr. Pickwick consignó en su cuaderno todas las palabras de esta información con propósito de comunicarlas al Club, como ejemplo singular de la tenacidad vital de los caballos bajo las más difíciles circunstancias. Apenas había terminado su anotación cuando llegaban a Golden Cross. Saltó el cochero y salió Mr. Pickwick del coche. Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, que se hallaban esperando impacientes la llegada de su ilustre jefe, le rodearon, dándole la bienvenida.

—Aquí tiene usted su servicio —dijo Mr. Pickwick, mostrando el chelín al cochero.

¡Cuál no sería el asombro de los doctos caballeros cuando aquel ente incomprensible arrojó la moneda al suelo y expresó con ademanes inequívocos su deseo de que se le permitiera luchar con Mr. Pickwick por la cantidad que se le adeudaba!

—Usted está loco —dijo Mr. Snodgrass.

—O borracho —añadió Mr. Winkle.

—O las dos cosas —resumió Mr. Tupman.

—¡Vamos, vamos! —gritó el cochero, haciendo ademán de combatir a puñetazos, marcando los movimientos como un péndulo—. ¡Vamos... con los cuatro!

—¡Aquí hay jarana! —gritaron media docena de cazurros—. Manos a la obra, Sam.

Y, vociferando alegremente, se agregaron al grupo.

—¿Qué es ello, Sam? —preguntó un caballereite con mangas de percal negro.

—¿Cómo que qué es ello? —replicó el cochero—. ¿Para qué quería mi número?

—Yo no quería su número —contestó Mr. Pickwick sin salir de su estupefacción.

—Entonces, ¿para qué lo ha tomado usted? —le interrogó el cochero.

—¡Pero si no lo he tomado! —gritó indignado Mr. Pickwick.

—¿Querréis creer —continuó el cochero, dirigiéndose al público—, querréis creer que un investigador va en un coche y no sólo apunta el número del cochero sino cada palabra que dice?

Un rayo de luz brilló en la mente de Mr. Pickwick: se trataba del cuaderno de notas.

—¿Pero hizo eso? —preguntó otro cochero.

—Claro que lo hizo —replicó el primero—. Y luego, a prevención de que yo le atacara, tiene tres testigos para declarar contra mí. Pero le voy a dar, aunque me cueste seis meses. ¡Vamos!

Y el cochero arrojó su sombrero al suelo, con notorio menosprecio de la prenda, arrancó los lentes a Mr. Pickwick y siguió el ataque con un puñetazo en la nariz a Mr. Pickwick, otro en un ojo a Mr. Snodgrass y, por variar, un tercero, en el vientre, a Mr. Tupman; luego empezó a maniobrar bailando en el arroyo; volvió a la acera y, por fin, extrajo del pecho de Mr. Winkle el poco aire que le quedaba; todo en media docena de segundos.

—¿Dónde habrá un policía? —preguntó Mr. Snodgrass.

—Ponedlos bajo las mangas —sugirió un vehemente panadero.

—¡Tendréis que sentir por esto! —amenazó Mr. Pickwick.

—¡Soplones! —gritó la concurrencia.

—¡Vamos! —gritó el cochero, que no había cesado en todo el tiempo de agitar sus puños.

El público allí reunido, que hasta entonces había permanecido como mero espectador de la escena, al enterarse de que los pickwickianos eran confidentes del fisco comenzó a encarecer rápidamente la conveniencia de apoyar la proposición del ardoroso panadero; y no hay que decir los

actos de agresión personal que se hubieran cometido a no ser porque la trifulca quedó repentinamente interrumpida por la llegada de un nuevo personaje.

—¿Qué juerga es ésta? —preguntó un joven más bien alto, con verde cazadora, que emergió de improviso ante la cochera.

—¡Soplones! —gritó de nuevo la concurrencia.

—¡No somos tal cosa! —rugió Mr. Pickwick en un tono que hubiera llevado la convicción a cualquier circunstante desapasionado.

—¿No lo son ustedes... no lo son? —dijo el muchacho, dirigiéndose a Mr. Pickwick y abriéndose paso entre la multitud por el infalible sistema de separar a codazos a los elementos componentes de ella.

El docto caballero explicó en breves y apresuradas palabras la realidad del caso.

—Vengan, pues —dijo el de la verde cazadora, cargando casi a viva fuerza con Mr. Pickwick y charlando sin cesar —. Ea, número novecientos veinticuatro, recoja su servicio y márchese... Respetables señores... le conozco bien... imprudencias... Sir, ¿y sus amigos?... Un error, ya se ve... no preocuparse... cosas que ocurren... hasta en las mejores familias... no hay que hablar de morir... un contratiempo... levantadlo... ponga eso en su pipa... el aroma... ¡maldita canalla!

Y con esta larga ristra de entrecortadas frases, pronunciadas con extraordinaria volubilidad, el extraño personaje se encaminó hacia la sala de espera de viajeros, seguido de cerca por Mr. Pickwick y sus discípulos.

—¡Mozo! —gritó el raro personaje, tirando de la campanilla con tremenda violencia—, ponga copas... aguardiente y agua, caliente y fuerte, y dulce, y mucho... ¿El ojo magullado, sir? ¡Mozo!, bistec crudo para el ojo del caballero...; nada como el bistec crudo para las erosiones, sir; el frío de un farol, muy bueno; pero un farol, no es posible... ¡Hay

que ver pasarse media hora en la calle y pegar el ojo contra la columna del farol!... ¡Eh, muy bien! ¡Ah, ah!

Y el desconocido, sin tomar resuello, se echó de un trago como media pinta del líquido espumante y se repantigó en la silla tranquilamente, como si nada hubiera pasado.

En tanto que sus tres compañeros se ocupaban en expresar su gratitud al nuevo amigo, Mr. Pickwick examinaba el indumento y catadura de aquél.

Era de una estatura mediana; mas lo escurrido de su cuerpo y la largura de sus piernas dábanle apariencias de una altura mayor. La verde cazadora debía de haber sido una prenda elegante por los días en que se usaban largos faldones; mas era evidente que había servido a un hombre más bajo que el desconocido, pues las deterioradas y sucias mangas no llegaban a cubrirle las muñecas. Hallábase estrechamente abotonada hasta la barbilla, con riesgo inminente de estallar por la espalda, y un viejo trapo sin la menor forma de corbata rodeábale el cuello. Los raquítricos y negros pantalones mostraban aquí y allá ese reluciente brillo que pregona un uso prolongado, y ceñíanse estrechamente sobre un par de remendados y manchadísimos zapatos, como proponiéndose ocultar un par de medias blancas e impulcras que, no obstante, se veían perfectamente. Sus largos y negros cabellos se escapaban en ondas negligentes a cada lado del viejo sombrero de alas vueltas, y entre los bordes de los guantes y las bocamangas percibíanse las muñecas. Su rostro era enjuto y hosco, y un aire indescriptible de aviesa impudencia, junto con el de un perfecto dominio de sí mismo, envolvían al individuo.

Tal era el personaje que Mr. Pickwick contemplaba a través de sus anteojos (dichosamente recuperados), y al que, luego que sus amigos se hubieron cansado de hacerlo, comenzó a significar en términos selectos su agradecimiento por el reciente auxilio.

—De nada —dijo el desconocido, atajando rápido el cumplimiento—; basta... nada más; buen mozo ese coche-